

C U A D E R N O S

PRAGMA

#4



EDITORIAL

El pasado mes de febrero de 2020, cuando se publicó la tercera entrega de los *Cuadernos Pragma*, no imaginábamos la inesperada y trágica circunstancia en la que el mundo se encuentra. A pesar de ello, y como todos, confinados y conectados de forma virtual, hemos seguido al pie del cañón, haciendo frente a la situación. Así, el 21 de marzo se cerró el plazo de recepción de trabajos para el *I Premio Pragma de relato de ciencia ficción*, y el 21 de junio, gracias al impagable esfuerzo de los miembros de jurado, se hizo público el fallo del jurado.

Tampoco la circunstancia ha hecho decaer el interés por el tema que nos ocupa, en torno a las distopías y la necesidad de recuperar el “pensamiento utópico”. Muy al contrario, ha servido para darle mayor relevancia, si cabe, a la necesidad de realizar ejercicios de anticipación, de analizar el presente para atisbar, definir y experimentar posibles futuros. Y de esa necesidad y de ese ejercicio nos habla Francisco J. Jariago, escritor y experto en innovación tecnológica, uno de los artífices de la iniciativa *Tecnofuturos*, con el magnífico artículo que aquí os presentamos.

Esperamos que lo disfrutéis y os resulte tan interesante, ilustrativo y enriquecedor como a nosotros.

C U A D E R N O S **PRAGMA**

El proyecto “Fundación Asimov” y las actividades y propuestas inscritas dentro del mismo son iniciativa de la Asociación Cultural Club Social Otium.

Todos los derechos reservados.

© 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

Paseo Torras i Bages 79 - 08030 Barcelona

NIF: G67215210

“Movimiento Pragma” - © 2018, Asociación Cultural Club Social Otium

“Cuadernos Pragma” - © 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

“Premio Pragma” - © 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

“El año en que aprendimos a mirar el futuro”: © 2020, Francisco J. Jariego

Imagen de la portada: © [Musicman](#).

Edición promocional. Prohibida su venta.

Queda permitida la copia digital y la transmisión digital de los Cuadernos Pragma, sin alterar su formato ni su contenido. Queda prohibida cualquier otra utilización sin el permiso expreso de la Asociación Cultural Club Social Otium.



Éste es un cuaderno interactivo.
Clica en los enlaces para acceder a
información complementaria.

El año en que aprendimos a mirar el futuro

Una utopía

por Francisco J. Jariego

¿Por qué la ciencia ficción tiene tanto miedo del futuro?¹. Es la pregunta que nos lanzaba un provocador artículo en *The Verge* hace solo tres años, y tengo la sensación de que es una percepción sobre el género que cada vez está más extendida y que lo que nos muestra, en mi opinión, es que la sociedad actual tiene miedo del futuro. Por lo menos, la sociedad occidental, que es la que mejor conozco y sobre la que puedo opinar, una sociedad que hasta finales del siglo XX se refería a sí misma, sin el más mínimo pudor, como la sociedad desarrollada o incluso el mundo desarrollado. La pregunta que yo me hago es ¿por qué tenemos miedo del futuro? y creo que existen al menos dos poderosas razones.

La primera es cognitiva. Imaginar el futuro, un futuro mejor, es difícil. Vivimos en un mundo demasiado complejo como para que ninguno de nosotros pueda aspirar a comprenderlo en toda su plenitud. Y no me refiero al universo o las leyes de la física, sino al mundo que nosotros hemos creado. Hoy en día nadie, por sí solo, podría fabricar el más simple de los objetos que usamos, algo tan simple como un lápiz, no digamos algo tan complicado como un ordenador. Nuestra comprensión es limitada y en muchas ocasiones, una mera ilusión. Y si entender la realidad que habitamos es difícil, diseñar cómo podría ser mejor lo es más aún. Es siempre más sencillo imaginar como algo puede fallar

⁽¹⁾ Devon Maloney, “Why is science fiction so afraid of the future?” The Verge, 2017: <https://www.theverge.com/2017/11/6/16604190/star-trek-discovery-science-fiction-stories-afraid-of-the-future>

y señalar sus problemas que identificar cómo mejorarlo. El futuro, por consiguiente, nos cuesta. Y si no descubrimos cómo imaginar mejor, si no inventamos nuevas maneras de mirar al futuro, cada vez nos costará más.

La segunda es política. Transmitir el mensaje de que vivimos en el mejor de los mundos posibles es la opción más barata para los “líderes” políticos y empresariales. Para justificar su gestión y disminuir la presión para que mejore o cambie de rumbo, solo necesitan convencernos de que cualquier tiempo pasado fue peor. El progreso ha hecho que hoy vivamos mejor y, aunque seamos incapaces de verlo, hará que en el futuro vivamos aún mejor. El progreso es quizás el mito por excelencia de nuestra sociedad actual. Buscar el progreso como mejora de nuestra condición parece un objetivo razonable: Pensar que ocurrirá de manera inevitable como consecuencia del desarrollo científico y tecnológico, lo que Evgene Morozov denomina el solucionismo tecnológico², es cuando menos osado. Un mensaje de conformismo.

En este caldo de cultivo, la distopía se ha visto durante años como la opción revolucionaria: la crítica al sistema y la denuncia de sus problemas y sus riesgos. Muy en particular de aquellos asociados al cambio tecnológico, a las nuevas y a veces sobrecogedoras posibilidades que nos ofrecen tecnologías que, como la inteligencia artificial o la bioingeniería, nos plantean interrogantes difíciles de responder. Y qué duda cabe de que es necesario identificar problemas y riesgos, y anticiparnos a sus posibles consecuencias, pero la insistencia en la denuncia ha acabado siendo asimilada, engullida por el sistema que se pretende denunciar, y contribuyendo a reforzar el mensaje de conformismo. Nos hemos instalado en el socorrido “virgencita, que me quede como estoy”.

Por esta razón, la utopía es hoy más necesaria que nunca. Escribir esto hace solo unos meses me hubiera obligado a emplearme mucho más a fondo, porque a menudo, en el día a día, en la normalidad, no es habitual mirar mucho más allá o incluso sentir la necesidad de hacerlo. Por suerte o por desgracia, los acontecimientos de este año 2020 que pasará a la historia como el año de la pandemia de SAR-Cov-2 (COVID 2019) creo que nos hace a todos más conscientes de los logros y de los retos que debemos poner en la balanza. No en vano, llevamos meses hablando sobre cómo volver a la normalidad, de la nueva normalidad y del mundo post COVID. Si ha habido un momento en la historia reciente para la reflexión sobre el futuro y cómo abordarlo, es este 2020, un año propicio para mirar y reflexionar sobre la utopía y nuestra manera de enfrentarnos al futuro.

¿De qué tenemos miedo?

Durante los últimos veinte años como mínimo, lo que llevamos de siglo XXI, los principales creadores de ciencia ficción han limitado en gran medida sus historias al situarlas dentro de plazos temporales bien definidos. La ciencia ficción se ha convertido en un género o una forma de expresión cada vez más cercana y habitual, sobre todo a través del cine y las series. Pero su naturalización ha ido acompañada de una pérdida de ambición.

⁽¹⁾ *The folly of Technological Solutionism*: <https://www.publicbooks.org/the-folly-of-technological-solutionism-an-interview-with-evgeny-morozov/>

El panorama cinematográfico está dominado por dos tendencias. La primera, los remakes, secuelas, precuelas y refritos diversos de sagas algo viejunas ya como Alien, Star Trek, Guerra de las Galaxias, o más recientemente Blade Runner. Y la segunda, por nuevas historias, como Her, Ex Machina o Black Mirror, generalmente ambientadas en el futuro inmediato. Las historias sobre el futuro cercano son atractivas porque nos ayudan a entender las consecuencias de las opciones tecnológicas y sociales que vamos adoptando en la actualidad, pero llama la atención que las producciones de Hollywood rara vez se aventuren en lo desconocido, en siglos y conceptos nunca explorados previamente³.

Es una gran paradoja: el género existe casi exclusivamente para visualizar los méritos y peligros de un futuro radicalmente evolucionado, pero una ingente cantidad de obras de ciencia ficción hace gala de una imaginación que, a menudo, es sólo ligeramente superior a la de otros géneros literarios.

El cine y la televisión actuales están dominados por una imaginación de baja intensidad que se limita a explotar los réditos de éxitos pasados, recogiendo la fruta madura del intenso, pero a menudo insustancial, cambio tecnológico, merodeando en las proximidades del presente de la misma manera que las expediciones vikingas se concentraban en rapiñar las costas, temerosas de penetrar mar adentro hacia lo desconocido. ¿Por qué?

En el artículo referido, Devon Maloney sugiere algunas razones, empezando por la más obvia: el dinero. Cuanto más cercano es un futuro, más fácil es diseñarlo y producirlo. Y seguramente también resulta más sencillo y, por tanto, menos arriesgado conectar con un espectador que puede reconocerse mejor en las escenas de Black Mirror, que en una delirante odisea espaciotemporal en la que se han perdido las referencias del aquí y el ahora. La cultura de la nostalgia no hace sino agravar el problema⁴.

Pero la razón fundamental es seguramente la que apunta a continuación: **la incapacidad de la ciencia ficción para mirar de frente al futuro**. Esta idea obsesiona a los autores de ciencia de ficción. ¿Es que nos estamos quedando sin ideas? ¿Está ya todo dicho? Es una idea sobre la que he planeado con carácter recurrente en mi blog *Mind the Post* durante casi diez años.

En octubre de 2011, Neal Stephenson escribió un artículo titulado *Innovation Starvation*⁵ que me gusta traducir libremente como “inanición creativa”, muy en línea con ensayos escritos en fechas próximas por economistas como Tyler Cowen (*The Great Stagnation*⁶) y Robert Gordon (*Is U.S. Economic Growth Over?*⁷), o el inversor Peter Thiel (*The End of the Future*⁸),

⁽³⁾ “It’s a major paradox: the genre exists almost exclusively to envision the merits and dangers of a radically evolved future, but a staggering amount of science fiction literature has proven that its imagination is often only slightly bigger than its non-genre counterparts.” (Op. Cit.) Mi traducción.

⁽⁴⁾ 142 Movie Sequels Currently in the Works, Den of Geek, 2018 <https://www.denofgeek.com/movies/142-movie-sequels-currently-in-the-works/>

⁽⁵⁾ Neal Stephenson, *Innovation Starvation*, World Policy, 2011: <http://worldpolicy.org/2011/09/27/innovation-starvation/>

⁽⁶⁾ Tyler Cowen, “The Great Stagnation”, 2011

⁽⁷⁾ Robert Gordon, *Is US economic growth over? Faltering innovation confronts the six headwinds*. No. w18315. National Bureau of Economic Research, 2012.

⁽⁸⁾ Peter Thiel, “The End of the Future”, 2011 <https://www.nationalreview.com/2011/10/end-future-peter-thiel/>

que exploran la idea de que podríamos haber entrado en un período de estancamiento tecnológico y del progreso. Es una idea controvertida que, en principio, puede parecer absurda en un mundo hipnotizado por la innovación tecnológica. Y, de hecho, no es fácil probarla o desmentirla debido a la dificultad para medir la innovación de una manera objetiva y a los largos períodos de tiempo que, en todo caso, son necesarios para hacerlo con la debida perspectiva.

Pero Maloney avanza en otra dirección que me parece también muy prometedora. Según ella, hoy resulta más difícil que nunca creer en un futuro sostenido de la especie humana. El futuro de nuestra especie está en cuestión como nunca lo había estado antes, lo que ha convertido al optimismo de las previsiones en un auténtico desafío. El Reloj del Apocalipsis nunca ha estado tan cerca del final⁹. La inoportuna llegada de la pandemia no ha hecho sino exacerbar el debate.

Cuando la imposibilidad de controlar la difusión de virus fue ya evidente, muchos argumentaron que era imposible predecirla, que la pandemia era un cisne negro. No es cierto, y el propio creador del concepto de cisne negro, Nassim Nicholas Taleb lo dejó bastante claro. El riesgo de una pandemia y la necesidad de estar preparados para hacerle frente habían sido anticipadas por numerosas personas y organizaciones, incluida la criticada Organización Mundial de la Salud. Pero si no somos capaces de anticiparnos a algo tan consustancial a nuestra existencia como un virus, qué podemos pensar de riesgos mucho más complejos como el cambio climático. Y no digamos ya predecir cómo podrían llegar a ser los próximos miles de años.

Vivimos en una época en la que muchas de las profecías históricas de mayor calado del género de la ciencia ficción se han hecho realidad: desde la neolengua y el doble pensamiento autoritario que nos describe George Orwell en 1984, o la desigualdad extrema que podría llevar a una bifurcación de nuestra especie¹⁰, hasta el cambio climático irreversible o los controvertidos avances de la inteligencia artificial. Y parece que le hemos cogido gusto al escenario distópico del ciberpunk.

En 2013, Chris Dixon, uno de los fundadores de Twitter, se preguntaba (retóricamente) en la red social: “¿Cuál ha sido la última película de Hollywood que has visto sobre tecnología y futuro que sea optimista?” La distopía es la zona de confort de la ciencia ficción hollywoodense. Pero ¿por qué? ¿Es que nos estamos quedando sin “buenas” ideas o es simplemente porque la distopía vende más?

Con independencia de los factores históricos y tendencias culturales que pueden influir en la preferencia por el género distópico, no podemos dejar de observar que es siempre más fácil identificar problemas que proponer soluciones, construir una historia que nos muestra los defectos o los riesgos asociados al cambio tecnológico que irrumpe en nuestra realidad y trastoca las reglas de juego, que imaginar un mundo mejor o, simplemente, un mundo coherente alternativo. Crear un universo coherente y atractivo podría ser como enfrentarse a la resolución del cubo de Rubik. El número de configuraciones del cubo que se corresponden con un patrón “ordenado” o simplemente “reconocible” es una proporción ridículamente pequeña en comparación con el total (algo

⁽⁹⁾ <https://thebulletin.org/doomsday-clock>

⁽¹⁰⁾ *Technosplit: The bifurcation of humanity*, Salon, 2017 https://www.salon.com/2017/06/02/technosplit-the-bifurcation-of-humanity_partner/

así como una en un quintillón). Para los espectadores seguramente es suficiente con paladear la dinámica de juego y para los guionistas de Hollywood más rentable explotar la caricatura que continuar buscando hasta dar con la solución del puzle.

La historiadora Jill Lepore piensa que la distopía comenzó siendo una ficción de resistencia, pero ha acabado convirtiéndose en una ficción de sumisión: la ficción de un siglo veintiuno que se ha tornado desconfiado, solitario y sombrío. La izquierda y la derecha, nos dice, se dan la mano porque la distopía demanda muy poco en términos de imaginación literaria, política o moral¹¹.

Resulta ciertamente paradójico que, cuanto mayor es nuestro desarrollo tecnológico, cuanto más pregonamos el progreso sin precedentes que estamos viviendo y que vamos a vivir en el futuro, más limitada es nuestra capacidad, no ya de predecir, sino de imaginar el futuro. Y éste no es un problema exclusivo de la ciencia ficción.

La imaginación colectiva de tecnólogos y futurólogos se ha quedado en gran medida estancada en la idea de que el desarrollo tecnológico continuará en progresión exponencial, hasta alcanzar un momento no demasiado lejano en el tiempo en el que los humanos seremos superados en todas nuestras capacidades, y muy especialmente la que supone nuestro último reducto, la inteligencia, por nuestra propia tecnología: las máquinas y la inteligencia artificial. Nuestra única posibilidad es desaparecer o conseguir una migración más o menos digna a un nuevo sustrato de silicio.

Cuando descubrí la idea de la **singularidad**, hace ya muchos años, me pareció una idea ingeniosa, pero luego me di cuenta de que, en realidad, no es más que una trampa epistemológica. Ocurre exactamente lo mismo que con la idea del Big Bang o de los agujeros negros en la física. Cuando oímos hablar por primera vez de este tipo de ideas, nos sentimos deslumbrados y atrapados por esa *sensación de asombro* tan querida de la ficción especulativa. Por alguna extraña razón, estas “singularidades” de las matemáticas que sustentan la ciencia nos resultan atractivas o, al menos, intrigantes. Pero en realidad, las singularidades son una muralla cognitiva inexpugnable para los físicos y también para los creadores. Nuestra incapacidad para penetrar en su interior o ver más allá hace que las rodeemos con todo tipo de especulaciones, muy a menudo pura fantasía.

Más allá de la singularidad somos incapaces de ver nada, como el propio Vernor Vinge reconocía ya en su ensayo pionero de 1993¹².

Durante los años 60 y 70 y 80, el reconocimiento del cataclismo se extendió. Quizás fueron los escritores de ciencia ficción quienes sintieron el primer impacto concreto. Después de todo, los escritores de ciencia ficción “dura” son

⁽¹¹⁾ Lepore, *A Golden Age for Dystopian Fiction*. The New Yorker, 2017

<https://www.newyorker.com/magazine/2017/06/05/a-golden-age-for-dystopian-fiction>

⁽¹²⁾ “Through the ’60s and ’70s and ’80s, recognition of the cataclysm spread. Perhaps it was the science-fiction writers who felt the first concrete impact. After all, the “hard” science-fiction writers are the ones who try to write specific stories about all that technology may do for us. More and more, these writers felt an opaque wall across the future. Once, they could put such fantasies millions of years in the future. Now they saw that their most diligent extrapolations resulted in the unknowable... soon. Once, galactic empires might have seemed a Post-Human domain. Now, sadly, even interplanetary ones are.” (Vernor Vinge, ‘The Coming Technological Singularity: How to Survive in the Post-Human Era’. Vision-21: Interdisciplinary Science and Engineering in the Era of Cyberspace, 11–22. 1993)

los que intentan escribir historias específicas sobre todo lo que la tecnología puede hacer por nosotros. Cada vez más, estos escritores se enfrentaban a una pared opaca en el futuro. Tiempo atrás, podían proyectar sus fantasías millones de años en el futuro. Ahora en cambio, sus extrapolaciones más diligentes acababan rápidamente en lo incognoscible. Hubo un tiempo en el que los imperios galácticos parecían un posible dominio post-humano. Ahora, lamentablemente, ni siquiera los viajes interplanetarios parecen posibles.

Tengo la sensación de que esto es exactamente lo que Ursula K. Le Guin describe en el ensayo sobre la ciencia ficción que incluye en la introducción de la edición de 1976¹³ de *La mano izquierda de la oscuridad*. **La singularidad presenta todos los síntomas de un cáncer de extrapolación.**

Se supone que el escritor de ciencia ficción ha de tomar una tendencia o fenómeno del aquí y ahora, purificarlo e intensificarlo para lograr un efecto dramático y proyectarlo hacia el futuro. “Si esto continúa, esto es lo que sucederá”. Se hace una predicción. El método y los resultados se parecen mucho a los de un científico que administra grandes dosis de un aditivo alimentario purificado y concentrado a unos ratones, con el fin de predecir lo que puede sucederles a las personas que lo consumen en pequeñas cantidades durante mucho tiempo. El resultado será, casi inevitablemente, cáncer. Lo mismo que ocurre con el resultado de la extrapolación. Las obras de ciencia ficción que se centran estrictamente en la extrapolación, generalmente llegan a donde suele llegar el Club de Roma: a algún lugar entre la pérdida gradual de la libertad humana y la extinción total de la vida terrestre.

Tenemos que encontrar la manera de huir de ese vórtice que actúa como un sumidero para nuestra imaginación y usar la ciencia ficción tal como nos proponen los grandes autores, como una llave para abrir el cerrojo epistemológico que nos está cortando el paso a otros mundos posibles. Pero hay que reconocer que da un poco de miedo abrir esa puerta.

Sobre la percepción de distopía

Si uno de nuestros antepasados de hace más de 10.000 años hubiese podido viajar en el tiempo y visitarnos en nuestra sociedad actual, seguramente habría experimentado una intensa sensación traumática. Un homo sapiens con capacidades físicas y mentales muy similares a las nuestras, extraído súbitamente de un entorno posiblemente mucho más hostil que el nuestro, no pensaría inmediatamente que ha sido transportado a un mundo mucho mejor. Y, sin embargo, estaría en un mundo mucho mejor. O por lo menos, eso es lo que nosotros creemos o queremos creer.

⁽¹³⁾ La introducción se puede encontrar, por ejemplo, aquí (en inglés): <http://theliterarylink.com/leguinintro.html> y en las ediciones de la obra posteriores a 1976.

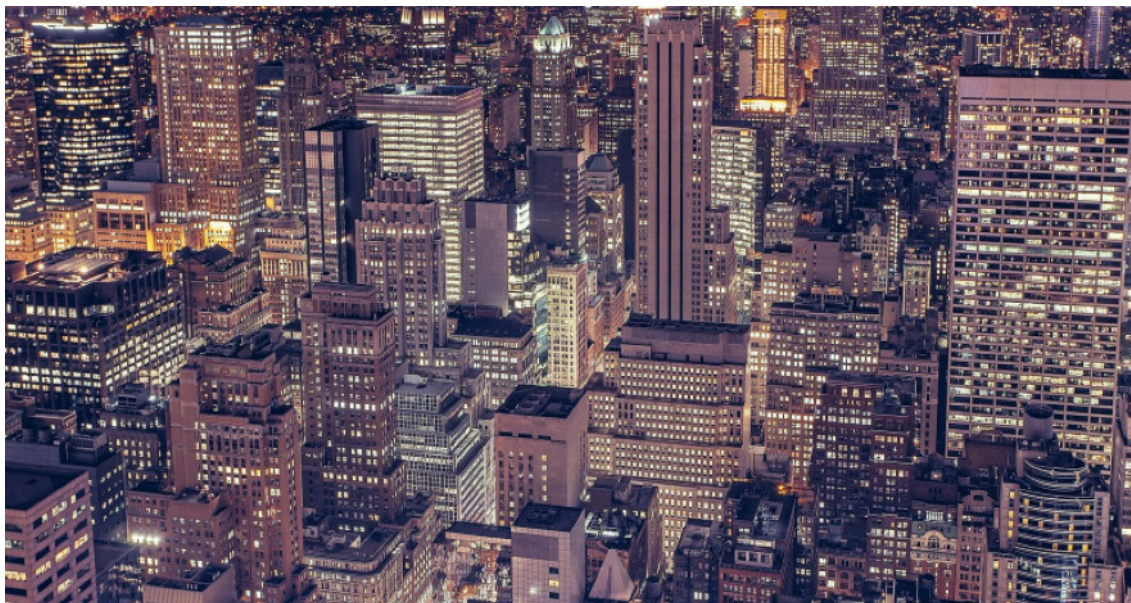
Imaginemos a una bella y extraordinariamente inteligente joven Cromañón como Ayla, la protagonista de *El clan del oso cavernario* de Jean M. Auel, o a alguno de los intrépidos protagonistas de la película *En busca del fuego* de Jean-Jacques Annaud, a Naoh, Amoukar o Gaw, despertando una mañana en la suite de un lujoso hotel en New York. Es un escenario que hemos visto edulcorado en algunas películas con Tarzán o Cocodrilo Dundee como protagonistas. Se despertarían deslumbrados por la luz del sol penetrando a través de los amplios ventanales y se precipitarían hacia la luz para contemplar una caída en vertical al vacío de decenas de metros. Contemplarían la impresionante vista de Manhattan y no podrían dar sentido a la acumulación de cemento y cristal moldeados con precisión para formar enormes paralelepípedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Observarían las avenidas que surcan la ciudad, saizando las enormes moles de los edificios con una precisión que no tiene parangón en la naturaleza. Explorarían la habitación, incapaces de entender para que sirven la mayor parte de los objetos que contiene, entrarían en el cuarto de baño para encontrarse con superficies y formas que nunca hubieran podido imaginar que existieran. Tal vez conseguirían dominar el pánico al accionar casualmente un interruptor y encender una luz, o abrir un grifo y ver brotar el agua del lavabo o la ducha. Seguramente, perseguidos por el temor a lo sobrenatural, intentarían huir de aquella incomprensible caverna, pero se toparía con una puerta cerrada que no sabrían como accionar.



Fotograma de la película *En busca del fuego* (*La Guerre du feu* - Cinema International Corporation - 1981).

Cuando finalmente consiguieran alcanzar la calle, tras una odisea de escaleras, ascensores y seres vagamente reconocibles enfundados en materiales de vivos colores y sorprendentes texturas, se enfrentarían al estruendo ensordecedor de la ciudad; a los miles de vehículos que aceleran y frenan y graznan y giran en una incomprensible amalgama de ruido y color; al vapor que expelen las alcantarillas y la amalgama de intensos olores, algunos quizás sí vagamente reconocibles, pero la mayoría no; a las luces de los

semáforos, al torrente de miles de personas que vomitan los edificios para conformar una densa multitud de zombis que avanzan con la mirada perdida en unos pequeños objetos brillantes que acarician constantemente con los pulgares. Alzarían la vista, buscando el sol con ansiedad, para contemplar el cielo geométricamente enmarcado por las líneas precisas de los rascacielos. No creo que haga falta un gran esfuerzo para ponerse por un instante en la mente de Ayla o Naoh e imaginar su asombro, su desesperación, su ansiedad.



Vista aérea de la ciudad de New York (EE. UU.). - CC0 Dominio público.

Supongamos que encontrásemos la manera de comunicarnos con ellos y que un amable y altruista guía se armara de paciencia y dedicara el tiempo necesario para conducirles a través de la complejidad de la vida urbana actual, que les ayudara a orientarse, a vestirse y alimentarse sin levantar demasiadas sospechas. Pasado un tiempo y suponiendo que superaran el trauma inicial y pudieran llegar a detenerse a juzgar nuestra sociedad ¿cómo la valorarían?

La corriente de pensamiento dominante en la actualidad se esfuerza en convencernos de que la humanidad avanza por una senda de progreso¹⁴ que es posible sustanciar en virtuosas estadísticas¹⁵ que estiman valores medios o acumulados de variables relevantes, o índices agregados. La mortalidad infantil está disminuyendo¹⁶, pero diariamente mueren decenas de miles de niños menores de cinco años, más de cinco millones cada año. El número de personas en situación de extrema pobreza está disminuyendo¹⁷. La proporción de personas que viven con menos de 1,9\$ diarios se ha reducido desde el

⁽¹⁴⁾ Steven Pinker, *Enlightenment Now: The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress*, 2018

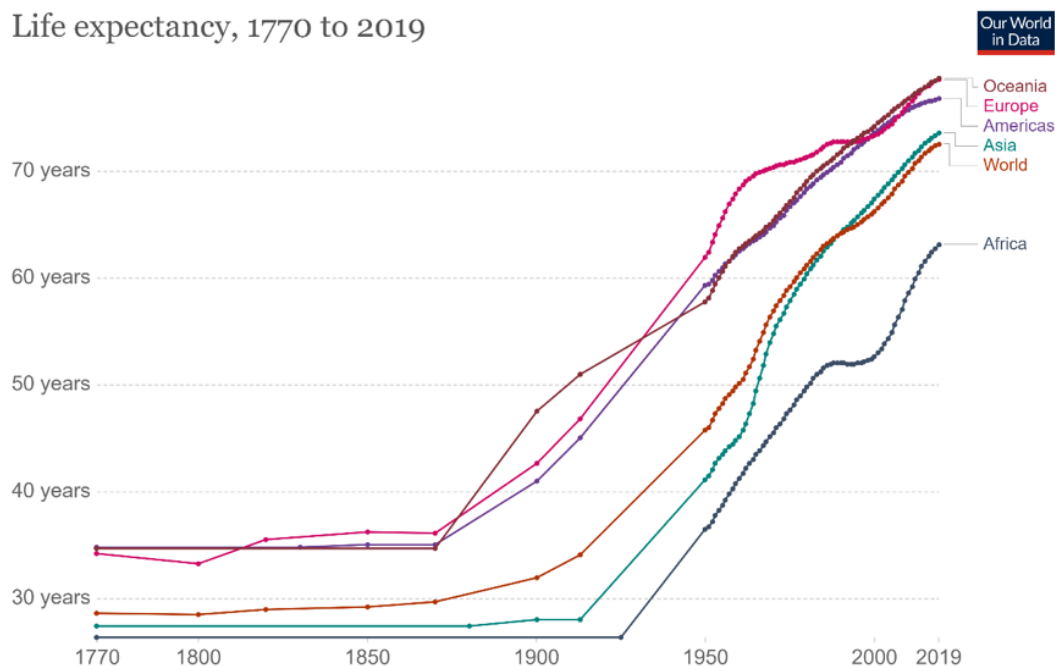
⁽¹⁵⁾ Our World in Data: <https://ourworldindata.org/>

⁽¹⁶⁾ OMS: Under five mortality: https://www.who.int/gho/child_health/mortality/mortality_under_five_text/en/

⁽¹⁷⁾ World Bank, <https://www.worldbank.org/en/topic/poverty/overview>

44% en 1980 hasta aproximadamente el 10% en 2013. Pero eso significa que más de 700 millones de personas aún viven en situación de extrema pobreza. La desigualdad global¹⁸ en el mundo mejora a nivel agregado global por el ascenso de países en pleno desarrollo, notablemente China, aunque localmente empeora en casi todos los países. En España la desigualdad crece, como lo hace en Estados Unidos o en Chile. La esperanza de vida crece, pero tristemente eso significa más gente mayor con la que, a menudo, no sabemos muy bien que hacer.

Life expectancy, 1770 to 2019



Life Expectancy 1770-2019, <https://ourworldindata.org/life-expectancy>

Seguramente, todo esto es intelectualmente irreproachable. Pero son números demasiado grandes, demasiado fríos, demasiado abstractos para las cabezas de Ayla o Naoh, y también para las nuestras¹⁹. La percepción que tenemos cada uno de nosotros no se sustenta en valores medios, totales agregados, o índices sintéticos. El pragmatismo y el utilitarismo se pueden apoyar en ellos confortablemente, pero nosotros, a nivel individual basamos nuestra percepción de la realidad en nuestra propia experiencia, en las historias que vivimos, que conocemos, que damos por ciertas o imaginamos. Y la verdad, dudo mucho que estos números sirviesen para convencer a Ayla o Naoh de que New York es mejor que su pequeña tribu en medio de la enorme hostilidad de su entorno, de que su estancia en la lujosa suite de la planta treinta y tres no es sino una condena en un infierno incompresible.

⁽¹⁸⁾ Branko Milanovic, *Global Inequality* (Globalization), 2016

⁽¹⁹⁾ Unenlightened thinking: Steven Pinker's embarrassing new book is a feeble sermon for rattled liberals: <https://www.newstatesman.com/culture/books/2018/02/unenlightened-thinking-steven-pinker-s-embarrassing-new-book-feeble-sermon>

Aunque nuestra imaginación es limitada y nuestros actuales medios audiovisuales todavía no son comparables a la experiencia inmersiva en la realidad que nos proporcionan nuestros sentidos, cuando leemos o vemos una película de ciencia ficción que dibuja un escenario futurista o simplemente ficticio, diseñado para mostrarnos con detalle las sorprendentes posibilidades que la tecnología nos ofrece, a menudo nuestra mente rechaza esa realidad de plano como un futuro inquietante, como una distopía. Organismos modificados genéticamente, nuestro propio cuerpo expuesto a las posibilidades apenas intuitas del hacking genético, nuestra mente amplificada por medio de una conexión permanente a las capacidades del mundo virtual, máquinas mucho más inteligentes que nosotros tomando el relevo en trabajos y actividades que hoy hacemos nosotros, hábitos que rechazamos o abrazamos con la misma vehemencia que hace años negábamos el voto a las mujeres o aceptábamos la esclavitud.

A menudo no nos damos cuenta de la inmensa capacidad de adaptación de nuestra especie. Y no precisamente porque nuestro sustrato biológico cambie para adaptarse a una realidad tan rápidamente cambiante. Es nuestra mente que nace y crece inmersa en un entorno social y cultural que se mueve a una velocidad muy superior a la de nuestros genes. Es el relevo generacional. Cuando proyectamos hoy nuestra limitada imaginación hacia el futuro y vislumbramos algunos de los cambios que podrían llegar a producirse, involuntariamente volvemos la vista y nos negamos a aceptarlos. No pensamos que, muy probablemente, nuestros descendientes aprenderán a vivir en una sociedad que distará tanto o más de la nuestra que esta de la de Ayla o Naoh, y que la encontrarán maravillosa o simplemente aceptable. Douglas Adams lo formulaba de manera brillante así²⁰:

1. Todo lo que ya existe en el mundo cuando naces es normal.
2. Cualquier cosa que se invente entre ese momento y antes de que cumplas treinta es increíblemente emocionante y creativa, y con un poco de suerte puedes hacer una carrera con ello.
3. Todo lo que se invente después de los treinta años va contra el orden natural de las cosas y es el principio del fin de la civilización tal como lo conocemos...

No nos damos cuenta de que nosotros somos Ayla y Naoh.

Qué sabemos sobre el progreso

Pocas ideas tienen un mayor prestigio en nuestra sociedad actual que la idea de progreso. Durante la Ilustración en el siglo XVIII, la creencia de que los descubrimientos científicos y el desarrollo tecnológico pueden producir una mejora en la condición humana toma el relevo de la religión. Como la religión, la idea de progreso nos ofrece un significado y un propósito, y justifica muchas de las cosas que los gobiernos y las organizaciones hacen o dejan de hacer (con la excusa de que el progreso se encargará de ellas).

Como muchas otras de las grandes ideas, en gran medida sacralizadas, de los “mitos” que nos inspiran y que nos impulsan, el concepto de progreso es, por decirlo de una manera suave, difuso.

⁽²⁰⁾ Douglas Adams, *The Salmon of Doubt*, 2002 (obra póstuma).



Progress (Ngram)



Progreso (Ngram)

El progreso de la humanidad pertenece a la misma categoría de ideas que la providencia o la inmortalidad personal. Es una idea verdadera o falsa y, a semejanza de aquellas, no puede probarse su verdad o falsedad. Creer en ella es un acto de fe. (J. B. Bury, La idea del progreso)

Esto explica por qué hay personas que, armadas con datos y estadísticas, identifican tendencias que les hacen creer (o decir que creen) en el progreso, y otras que, desconfiando del significado o la sostenibilidad de esas tendencias, o basándose en sus perspectivas personales, no pueden creer en él. El debate se ha ido tensando a lo largo de los últimos años debido en gran medida al crecimiento de la desigualdad económica y social en muchos de los países “desarrollados”.

En abril del 2007, poco más de un año antes de que cayéramos en la “gran recesión”, Richard Barbrook publicaba *Imaginary Futures*²¹ (Futuros imaginarios), una obra en la que comienza describiendo como de niño visitó la Feria Mundial de Nueva York de 1964, y lo que vio allí:

Las computadoras ya se celebraban como la máquina demiúrgica. Esta nueva tecnología prometía la inminente llegada de dos maravillas: la inteligencia artificial y la sociedad de la información.

⁽²¹⁾ Barbrook, Richard. *Imaginary futures: From thinking machines to the global village*. Pluto Press, 2007

En el momento de la publicación, habían pasado más de cuarenta años. Algunas cosas habían cambiado, pero Richard concluye que el futuro «sigue siendo lo que solía ser» o, como lo formularía Iñigo Montoya, que el progreso tecnológico quizás no es lo creemos que es. Muchas de sus anticipadas consecuencias no se han producido o no se están produciendo en los tiempos y formas que anticipábamos y la comunicación que hacen gobiernos e instituciones, de manera directa o indirecta, por ejemplo a través de la ciencia ficción, es sesgada e interesada, y tiene una intención política.

La lectura de muchos textos con proyecciones y anticipaciones sobre el futuro de los últimos cincuenta años, o incluso cien años, me produce siempre una cierta sensación de *déjà vu*. Por ejemplo, en *What Futurists Believe* (*Lo que piensan los futuristas*), Joseph F. Coates y Jennifer Jarratt²² recogen la visión y opiniones de 17 futuristas entre los que figuran Arthur C. Clarke, Peter Drucker, Dennis L. Meadows o James A. Ogilvy²³. Hay muchas cosas en las que los futuristas de hace treinta años estaban de acuerdo: el preeminente rol de la tecnología, la necesidad de un cambio de modelo energético, la interdependencia creciente inducida por la globalización o la necesidad de mejorar la educación. Y otras muchas en las discrepaban. Pero no veo ninguna que nos parezca hoy terriblemente obsoleta. Ni siquiera algo obsoleta. Si acaso, todas ellas se han vuelto más evidentes, más apremiantes. Y hacen que me plantee que el futuro sigue siendo lo que solía ser.

Aparte de la web, de Google y de los teléfonos móviles inteligentes (cuya relevancia no pretendo cuestionar), ¿qué hemos estado haciendo durante los últimos treinta años? El conocido antropólogo y activista David Graeber, que nos ha dicho adiós durante la pandemia, lo planteaba con bastante sarcasmo en marzo de 2012²⁴:

[...] ¿dónde están los coches voladores? ¿Dónde están los campos de fuerza, los rayos tractores, las cápsulas de teletransporte, los trineos antigravedad, los tricorders, las drogas de la inmortalidad, las colonias en Marte y todas las demás maravillas tecnológicas que cualquier niño que creciera a mediados y finales del siglo XX suponía que existirían ahora? Incluso aquellos inventos que parecían a punto de llegar, como la clonación o la criogenia, terminaron traicionando sus nobles promesas. ¿Qué pasó con todos ellos?

Y el ya citado Peter Thiel, controvertido emprendedor e inversor americano, lo formuló en términos similares, con una frase que se convirtió en todo un icono en el mundillo de la tecnología y la innovación: “Queríamos coches voladores, y lo que tenemos en cambio son 140 caracteres”.

El debate sobre si el progreso se está produciendo al ritmo esperado y se traducirá en mejoras que lleguen de manera amplia a la sociedad en la misma medida que lo ha hecho durante los doscientos últimos años, es un área de fértil debate teórico con resultados por el momento poco concluyentes. Admitiendo que el progreso es deseable y por tanto un objetivo a perseguir, ni siquiera entendemos muy bien cómo «producirlo».

⁽²²⁾ Coates, Joseph F., y Jennifer Jarratt. *What futurists believe*. Lomond, 1989.

⁽²³⁾ Todos hombres, por cierto, algo sobre lo que los propios autores se hacen una interesante reflexión ⁽²⁴⁾ David Graeber, *Of Flying Cars and the Declining Rate of Profit*, The Baffler, 2012

La innovación tecnológica es difícil. La innovación social es aún más difícil. Los índices agregados como el PIB o la productividad que manejan los economistas difícilmente capturan la realidad individual por más que sean las mejores herramientas de que disponemos²⁵. Hace solo unos meses, Tyler Cowen y Patrick Collison abogaban por la creación de un área de estudio especializada en el progreso²⁶, con un claro enfoque en la aplicación práctica.

En mi novela corta “Memorias de un dragón” especulo con la idea de un índice de progreso objetivo que la sociedad sería capaz de definir y acordar en las dos próximas décadas y que motiva los sucesos de la trama. Si vamos a ir a alguna parte a bordo de la nave Tierra, desde luego, no será mirando cada uno de nosotros para un lado, y decidiendo si hay o no progreso en función de nuestras preferencias o de las ideas vagas e interesadas que obnubilan nuestra imaginación.

Entender lo que es el progreso es el equivalente social a la brújula o el astrolabio en la navegación: un instrumento para orientarnos. Mientras no dispongamos de una definición compartida y una forma de medirlo de manera objetiva, que tenga en cuenta tanto a las personas como al conjunto de la sociedad, será muy difícil avanzar hacia el futuro con confianza, y tendremos que conformarnos con seguir costearo el presente mientras continuamos mirando con desconfianza el futuro abierto.

Redescubrir la utopía²⁷

La utopía de Tomás Moro es más que la historia de una tierra lejana donde no existe la propiedad privada. Es un texto que nos muestra cómo aproximarnos a los textos, ya sean literarios o políticos, de una manera abierta: abierta a la crítica, a la participación, a la modificación y abierta a la recreación. Con Utopía Abierta (Open Utopia) he hecho todo lo posible para transmitir este mensaje y continuar la tradición.

Open Utopia, Stephen Duncombe

La utopía tiene una venta difícil en el siglo XXI. La historia del siglo pasado nos demuestra que cuando las utopías han sido llevadas al terreno de la ejecución política, han resultado de una brutalidad despiadada y han acabado en un rotundo fracaso. La Alemania Nazi, la Unión Soviética de Stalin o la China de Mao no son precisamente un respaldo para la utopía.

⁽²⁵⁾ “Productivity isn’t everything, but, in the long run, it is almost everything. A country’s ability to improve its standard of living over time depends almost entirely on its ability to raise its output per worker”. Paul Krugman, *The Age of Diminishing Expectations*, 1994

⁽²⁶⁾ We Need a New Science of Progress, The Atlantic: <https://www.theatlantic.com/science/archive/2019/07/we-need-new-science-progress/594946/>

⁽²⁷⁾ El texto de este capítulo es extracto y traducción (en algunos casos bastante libre) de la introducción de “Open Utopia” escrita por el promotor y editor del proyecto, Stephen Duncombe. El texto original está compartido con una licencia Creative Commons Atribución-Compartir Igual 3.0 No portada (CC BY-SA 3.0). Otra cosa no hubiera tenido sentido. Mi enhorabuena y agradecimiento a Stephen por la iniciativa.

Y sin embargo, necesitamos la utopía más que nunca. Vivimos en una época sin alternativas al modelo neoliberal capitalista, en lo que Frances Fukuyama describió como “el fin de la historia”. Una gran mayoría de la población, incluso en los países o regiones más exitosas, no cree en el sistema o no lo respalda. Encuestas de opinión, protestas ciudadanas y patrones de voto volátiles ponen de manifiesto esa amplia insatisfacción. Sin embargo, la respuesta se limita en gran medida a una simple negativa. ¡No! No a la dictadura, no a la corrupción, no al capital financiero. No al 1% privilegiado que lo controla todo y es el único que se beneficia. Pero la simple negativa, por si sola, no tiene ningún efecto. El sistema ejerce su dominio no porque la gente esté de acuerdo con él sino porque nos hemos convencido de que no existe alternativa.

La utopía nos ofrece un atisbo de alternativa. En una concepción amplia, la utopía es una imagen de un mundo que aún no existe, que es diferente y mejor que el mundo que habitamos ahora. Para el revolucionario, la utopía es una visión y una meta que alcanzar. Para el reformista, una brújula con la que determinar la dirección en que ha de moverse y una vara con la que medir el progreso. La utopía es políticamente necesaria incluso para aquellos que no desean en absoluto una sociedad alternativa. Una política reflexiva depende del debate, y sin algo o alguien con quien estar en desacuerdo no puede haber un diálogo significativo, solo una cámara de resonancia. (¿A qué me suena esto?)

Existen problemas tanto teóricos como prácticos con la idea de utopía. Antes incluso de sus desastrosas materializaciones a lo largo del siglo XX, Marx y Engels criticaron a los utópicos por ignorar las condiciones materiales del presente en favor de fantasías sobre el futuro, un enfoque que solo podía conducir a programas políticos sin fundamento e ineficaces, una retirada reaccionaria hacia un pasado idealizado y al inevitable fracaso y desencanto político. Desde el extremo político opuesto, Edmund Burke despreció la utopía de la Revolución Francesa por negarse a tener en cuenta las realidades de la naturaleza humana y la sabiduría acumulada en tradiciones bien arraigadas. El salto hacia lo desconocido sólo podía conducir al caos y la barbarie. Pensadores diametralmente opuestos en casi todas las demás facetas de su ideología política han estado, sin embargo, de acuerdo en una cosa: la utopía es una mala idea.

La democracia es un sistema en el que la gente común determina, de manera directa o por medio de la representación, el sistema de gobierno. Las utopías, en cambio, suelen ser el producto de imaginaciones singulares o, en el mejor de los casos, los planes de un pequeño grupo, una vanguardia política o artística. Con demasiada frecuencia, los utópicos consideran a las personas como simple material al que se debe dar forma, no como agentes con voluntades capaces de dar forma. La utopía es, por tanto, antidemocrática y elitista.

El carácter imaginativo de la utopía parece condenar el proyecto a un ideal ingenuo e impráctico y a una brutalidad megalómana en su ejecución. Pero sin ilusiones políticas, ¿qué nos queda? La desilusión y su práctica discursiva: la crítica. Seria, irónica, astuta o grandilocuente, analítica, artística, textual o performativa, la crítica se ha convertido en la práctica política predominante de intelectuales, artistas e incluso activistas insatisfechos con el presente que desean un nuevo orden. Una de las ventajas políticas de la crítica es que nos protege contra los horrores monstruosos del idealismo político puesto en práctica. La crítica también demanda la opinión de otros. Supone un diálogo entre el crítico y a quién se critica y/o el objeto de la crítica.

Pero la crítica ha agotado su relevancia en política. Lo que en algún momento fue un arma potente contra el totalitarismo se ha convertido en un ritual vacío e ineficaz en el mejor de los casos, un autoengaño en el peor. ¿Qué ha ocurrido? La historia. El poder de la crítica se asienta en dos supuestos. En primer lugar, que hay un valor intrínseco en conocer o revelar la verdad; y en segundo, que para revelar la “Verdad”, las creencias, a menudo basadas en supersticiones, propaganda y mentiras, deben ser desacreditadas. Ambos supuestos se han visto socavados por cambios materiales e ideológicos relativamente recientes.

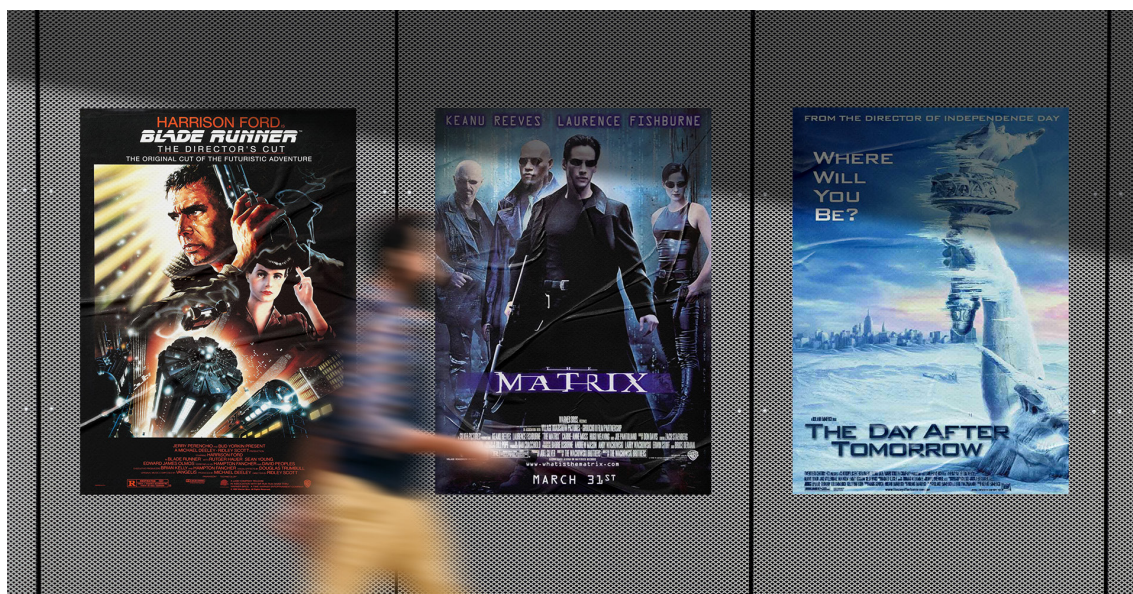
Vivimos en lo que el filósofo Jean-François Lyotard denominó “la condición posmoderna”, marcada por la “muerte de la narrativa maestra”, en la que la verdad (o la no tan noble mentira) ya no habla con una sola voz ni reside en un solo lugar. La condición posmoderna, en su momento una mera hipótesis académica apreciada exclusivamente por la élite intelectual, constituye ahora, en la era de Internet, la experiencia directa de la inmensa mayoría. La posibilidad de cualquiera de expresarse en la red y los medios creados por medio de plataformas de blogs, videos y redes sociales han barrido literalmente a los guardianes modernos de la verdad. Los medios de comunicación “objetivos” como la BBC o el New York Times se han visto obligados a capitular.

La Enciclopedia ilustrada democratizó el acceso a la verdad. Wikipedia ha democratizado su producción. La actual economía de la información ya no es una economía de monopolio o escasez, sino de una abundancia de verdades... y de crítica. Cuando el poder se ejerce por medio del monopolio de la verdad, un asalto crítico tiene cierto sentido político, pero la singularidad de la verdad ha sido reemplazada por la pluralidad. Ya no existe una fortaleza de la comunicación que pueda ser atacada y silenciada, solo un páramo infinito de habladurías, y la idea de criticar una verdad solitaria, o sustituir una por otra ha dejado de tener sentido. A medida que los objetos de la crítica se multiplican, el poder y el efecto de la crítica disminuyen de manera proporcional.

Existe una falta generalizada de fe en el sistema dominante neoliberal capitalista. Pero cuando el sistema ejerce firmemente su control, ya no precisa del apoyo de la fe o las creencias. Su funcionamiento se basa en la rutina y en la falta de imaginación. El sistema internaliza la crítica y se nutre de ella de la misma manera que las protestas en contra de la guerra de Irak permitieron a George Bush legitimar una democracia que permitía a la gente expresar lo que sentía.

La distopía en cambio, el doppelgänger de la utopía, habla de tú a tú con esa crisis de creencias. Las distopías evocan un mundo en el que nadie quiere creer. *1984*, *Un mundo feliz* (*Brave New World*), *Blade Runner*, *El día de mañana* (*The Day After Tomorrow*) o *Matrix*, son mucho más populares en la actualidad que cualquier texto utópico comparable. Sin embargo, la distopía es perversa. Como apuntó Walter Benjamin, “la autoalienación ha llegado al extremo de poder experimentar su propia destrucción como un placer estético de primer orden”. La respuesta política generada por la distopía es siempre conservadora: detener el progreso de la civilización. Pero ¿para qué? ¿A dónde vamos entonces?

Es necesario abandonar el proyecto político de la crítica y avanzar en una nueva dirección. Tenemos que hacer las paces con la utopía, y para lograrlo no es posible simplemente ignorar los demonios de la utopía, creando una utopía sobre la utopía. Hacer las paces con la utopía significa reconocer con franqueza sus problemas para, a continuación, decidir si es un ideal rescatable.



El inquietante placer estético de la distopía...

El problema de muchos imaginarios sociales es que se plantean como una posibilidad real que, al ser aceptada como tal, tienen como consecuencia una serie de posibles resultados, todos negativos y no necesariamente excluyentes entre sí:

1. Brutalizar el presente para alinearlos con el futuro imaginado: ya sea el genocidio nazi, la colectivización forzada comunista o, ya en este siglo, el terrorismo apocalíptico del islam radical.
2. El desencanto porque el futuro no llega nunca y la alternativa que se persigue nunca se materializa. Por ejemplo, el descenso y la consiguiente decadencia de la Nueva Izquierda después de 1968.
3. La búsqueda en vano de un nuevo imaginario cuando el prometido no llega, como las promesas fallidas de la publicidad que conducen a un ciclo de consumo interminable y, en última instancia, insatisfactorio.
4. Vivir una mentira, como “El sueño americano” o el “Socialismo alcanzado” de Stalin.
5. Rechazar por completo la posibilidad, descartar la utopía con la desconfianza sincera de los conservadores o un guiño liberal irónico, como una imposibilidad ingenua.

Pero ¿y si la imposibilidad se incorpora desde el principio al imaginario social? Según Stephen Duncombe, esto es exactamente lo que nos propone Tomas Moro con su Utopía. Las alternativas que plantea son a veces absurdas, pero en su segunda carta a Peter Giles (incluida en la obra), el autor hace una defensa del absurdo. Al crear una realidad alternativa y al mismo tiempo socavarla, está animando al lector a no dejarse engañar por la fantasía. En otras palabras, es difícil engañar a alguien con una mentira cuando éste ya sabe que lo es. Lo que sugiere Moro es una utopía abierta.

La cuestión primordial para Duncombe es cómo abrir la utopía a la crítica, la participación, la modificación y la recreación, como crear esa utopía abierta. La utopía como ideal filosófico o como texto literario requiere solo la contribución de su autor, sin ningún compromiso más que el tiempo o el interés por parte de sus lectores. Pero la utopía como base de una sociedad alternativa requiere del compromiso de las personas. El problema de pedirle a la gente que piense “fuera de la caja” es que, sin ayuda, normalmente

no lo harán. Podemos doblar la caja y darle forma, mostrar sus paredes y golpearlas, pero nuestra imaginación está constreñida por la tiranía de lo posible.

La apertura, por otra parte, puede resultar también problemática. Si la ventaja de una utopía abierta a la crítica, la participación, la modificación y la recreación es que nunca cristalizará en un estado fijo que acaba echando el cierre al compromiso popular, una posible desventaja es que una utopía abierta puede funcionar mal como ideal político o como un plan de acción.

La utopía no es un plan, pero tampoco es una broma. Es una indicación, un aviso; una visión que nunca podrá ser fijada o estabilizada; alternativas imaginadas que insisten en seguir siendo imaginarias; un no-lugar. Al imaginar lo imposible, la utopía crea las condiciones para formular la pregunta “¿Y si...?”, sin cerrar ese espacio de libertad con una respuesta “esto es lo que...”. El futuro imaginado nunca se puede fijar. Nunca habrá un momento en el que la utopía pueda ser definitivamente declarada. Los planes alternativos para nuestro futuro existen solo como lo que el poeta Wallace Stevens denominó una “ficción suprema”, una que sabemos que lo es pero que, no obstante, nos inspira. Estas visiones utópicas son algo que nosotros hemos imaginado y que, por lo tanto, podemos reimaginar a voluntad. La utopía no tiene lugar y nos corresponde a nosotros encontrarla.

La oportunidad de un futuro mejor En 2 minutos

A modo de resumen de algunas de las ideas expuestas, esta escena de la película *Tomorrowland* (*El mundo del mañana*), un delicioso “infodump” (desde el minuto 1.00), no está nada mal:

En todo momento, existe la oportunidad de un futuro mejor, pero ¿cómo lo hacemos?



Fragmento de la película *Tomorrowland* (Walt Disney Pictures - 2015).

La ciencia ficción como experimento conceptual

La ciencia ficción no nos habla sobre el futuro, no es un mero ejercicio de extrapolación. Lo que nos propone es una mirada diferente sobre nuestra propia realidad. El contacto con extraterrestres no es más el contacto con lo desconocido o con lo que no entendemos. Y lo que no entendemos puede ser simplemente nuestro padre, nuestra novia o nuestro país. La ciencia ficción es una herramienta metafórica muy poderosa para hablar sobre la realidad. Su cometido, como el de cualquier otra obra de arte, es inducir un choque en el lector, un sentimiento de extrañamiento o desfamiliarización que nos obliga a aferrarnos al texto y a tomar conciencia de aquello sobre lo que el escritor ha querido poner el foco o ha sido capaz de sugerir. Lo que distingue a la ciencia ficción de otras formas de ficción fantástica que la han precedido es la utilización de metáforas extraídas de la ciencia y la tecnología, que han adquirido un papel central en nuestra sociedad y que nos plantean nuevos interrogantes. Los viajes espaciales, las biología o las sociedades alternativas son metáforas. Incluso el futuro, en la ficción, es una metáfora.

Ursula K. Le Guin nos dice que la predicción es asunto de profetas, clarividentes y futurólogos. De manera provocativa nos arroja una afirmación contundente: el negocio del escritor es la mentira. Las historias de ciencia ficción son experimentos que llevamos a cabo con nuestra imaginación. La ciencia ficción es un experimento conceptual.

La ciencia ficción juega asimismo un papel importante en la formación del deseo de cambio, a favor del progreso, de la novedad, del apetito por el descubrimiento y la sensación de asombro o maravilla. Este papel de conformación se juega no solo por lo que la ciencia ficción imagina como posible en otro lugar o en algún momento futuro, sino porque promueve una visión del mundo presente como algo evanescente y contingente, que está sujeto o que requiere un cambio dramático²⁸.

El semanario *The Economist*, en su visión para el año 2020, recomendaba a los líderes empresariales la ciencia ficción porque «explorar futuros ficticios libera nuestro pensamiento de limitaciones falsas y nos desafía a replantearnos si las preguntas que nos estamos haciendo son las correctas»²⁹.

En definitiva, la ciencia ficción no es útil por su carácter predictivo. La ciencia es únicamente el pretexto de la ciencia ficción. Cada disertación «*info-cuántico-nano-bio-ciberastro-psico-xeno-socio-física genera la ilusión de que las historias de ciencia ficción son dramatizaciones del conocimiento científico*»³⁰, en realidad, es solo una forma diferente de pensar sobre el mundo que nos permite observar los problemas desde la distancia³¹, y reformular nuestra perspectiva del mundo³²:

⁽²⁸⁾ Caroline Bassett, Ed. Steinmueller & George Voss, *Better made up: The mutual influence of science fiction and innovation*, NESTA 2013.

⁽²⁹⁾ *The Economist*, *What Sci-Fi Can Tell Us about the Future. The World in 2020*. <https://theworldin.economist.com/edition/2020/article/17313/what-sci-fi-can-tell-us-about-future>

⁽³⁰⁾ Istvan Csicsery-Ronay, *The Seven Beauties of Science Fiction*. Middletown (CT): Wesleyan University Press, 2008

⁽³¹⁾ Edward James, *Science fiction in the 20th century*. Oxford: Oxford University Press, 1995

⁽³²⁾ “Like international travel or meditation, it creates space for us to question our assumptions. Assumptions locked top 19th-century minds into believing that cities were doomed to drown in horse manure. Assumptions toppled Kodak despite the fact that its engineers built the first digital camera in 1975. Assumptions are a luxury true leaders can’t afford”. Eliot Peper, *Why Business Leaders Need to Read More Science Fiction*. Harvard Business Review, 2017 <https://hbr.org/2017/07/why-business-leaders-need-to-read-more-science-fiction>

Como los viajes internacionales o la meditación, nos ofrece espacio para cuestionar nuestras suposiciones. Las suposiciones bloquearon las grandes mentes del siglo XIX haciéndoles creer que las ciudades estaban condenadas a ahogarse en estiércol de caballo. Los suposiciones tumbaron a Kodak a pesar de que sus ingenieros construyeron la primera cámara digital en 1975. Los supuestos son un lujo que los auténticos líderes no pueden permitirse.

Esto es lo que hace de la ciencia ficción una herramienta especialmente interesante para reflexionar sobre la relación entre la tecnología, las personas y la sociedad, y contribuir al debate de ideas que muchos consideramos esencial para enfrentarnos a un futuro que nos ofrece un espectro cada vez más amplio de oportunidades y riesgos. Las historias de ciencia ficción han sido una fuente fundamental de inspiración para los innovadores durante décadas. La buena ciencia ficción muestra una imagen plausible y completamente desarrollada de una realidad alternativa en la que se ha producido algún tipo de innovación relevante³³. Un buen universo de ciencia ficción debe tener una coherencia y una lógica internas con pleno sentido para un científico o un ingeniero.

En el prólogo de *Last and First Men* (*La última y la primera humanidad*), nos dice Olaf Stapledon³⁴:

Esto no es una obra de ficción. He intentado inventar una historia que pueda verse como un posible, o al menos no completamente imposible, relato del futuro de la humanidad (...)
[Mi] objetivo no es solo crear una obra de ficción estéticamente admirable. Lo que necesitamos no es mera historia, ni mera ficción, sino un mito. El verdadero mito es aquel que, dentro del universo de una determinada cultura (viva o muerta), expresa de manera rica, y a menudo quizás trágica, las más altas aspiraciones posibles dentro de esa cultura.

Muchas historias de ciencia ficción recrean y, en algunos casos, intentan racionalizar narrativas de la mitología tradicional. No puede ser mera coincidencia que en la que muchos consideran la primera obra de la ciencia ficción moderna, Mary Shelley recurra muy deliberadamente al mito para ubicar a su propia creación, Frankenstein como el moderno Prometeo. Otro ejemplo citado a menudo es el de los extraterrestres que vienen a tutelar a la especie humana en *Childhood's End* (*El fin de la infancia*), a los que Arthur C. Clarke dibuja, con sarcástica ironía, con el rabo y los cuernos del diablo. La novela comenzó con el cuento *Guardian Angel* (traducido como *Ángel Guardián*, pero que más oportunamente sería «el ángel de la guarda»).

John Clute piensa que la creencia generalizada de que la ciencia ficción es una forma de mitología moderna está equivocada y cita³⁵ a James Blish cuando señala que el mito suele ser «estático y finalista en su intención y, por lo tanto, completamente contrario al espíritu de la ciencia ficción, que asume el cambio continuo». Thomas Lom-

⁽³³⁾ Novum

⁽³⁴⁾ Mi traducción

⁽³⁵⁾ Encyclopedia of Science Fiction, Mythology: <http://www.sf-encyclopedia.com/entry/mythology>

bardo, sin embargo, cree³⁶ que la ciencia ficción es la forma contemporánea más visible e influyente de pensamiento futurista, y que puede y debe verse como la mitología del futuro. Para ello debe ir más allá de los mitos tradicionales que, efectivamente, están basados en una forma de pensar ya superada.

El método científico y la idea de progreso que emana de las ideas de la ilustración, suponen una ruptura con los estándares de pensamiento del pasado y soportan la idea de concebir futuros posibles muy diferentes del presente. La ciencia ficción, informada por la ciencia y el pensamiento contemporáneo, debe proporcionarnos historias que den sentido al futuro y una dirección a la humanidad. La ciencia ficción debe inspirarnos, como lo hizo el mito antiguo, pero basando sus visiones en ideas y estándares contemporáneos.

Neal Stephenson fue el principal instigador de Hieroglyph³⁷, un proyecto del Centro para la Ciencia y la Imaginación de la Universidad Estatal de Arizona. El nombre del proyecto surgió de su idea de que ciertos inventos icónicos en las historias de ciencia ficción, como las comunicaciones por satélite de Arthur Clarke, o los robots de Issac Asimov, sirven como “jeroglíficos” (o mitos) modernos: símbolos simples y reconocibles en cuyo significado todos concuerdan, y que pueden jugar un rol decisivo como narrativa capaz de coordinar e impulsar la acción colectiva.

Un gran laboratorio o compañía de tecnología puede emplear a cientos o miles de personas, cada una de las cuales puede abordar solo una pequeña porción del problema general. (...) Coordinar sus esfuerzos por medio de un sistema de mando y control es un poco como intentar gestionar una economía moderna por medio de un Politburó. Conseguir que todos trabajen en pos de una meta acordada debe ser algo más parecido a un mercado de ideas libre y, en gran medida, auto-organizado.

Me resulta especialmente atractiva esta idea de la literatura y, en concreto, de la ciencia ficción como una herramienta para la construcción de la inteligencia colectiva.

Creo que necesitamos más iniciativas como Hieroglyph que promuevan la colaboración de escritores, artistas y pensadores creativos con científicos, ingenieros y tecnólogos con el objetivo de repensar y reavivar la ambición de los objetivos que la humanidad debe perseguir a través de la innovación y el descubrimiento. Muy especialmente en España³⁸. Esta idea forma parte de la visión y de los objetivos del proyecto PRAGMA que promueve Angel F. Bueno.

Experimentos cívicos. Una improvisada y utópica declaración de principios

Los experimentos mentales están muy bien. Son una fórmula de bajo riesgo para contrastar ideas y, como hemos visto una forma de impulsar la acción colectiva, pero inevitablemente llega un momento en que es necesario ir más allá, y contrastar con la realidad.

⁽³⁶⁾ Thomas Lombardo, *Contemporary Futurist Thought: Science Fiction, Future Studies, and Theories and Visions of the Future in the Last Century*, 2006

⁽³⁷⁾ Hieroglyph <https://hieroglyph.asu.edu/>

⁽³⁸⁾ Francisco J. Jariego, *¿Qué puede hacer la ciencia ficción con el futuro?: Reflexiones sobre la ciencia ficción, la innovación y el futuro en España*, Revista Hélice, n. 28, 2020

¿Cómo investigamos el comportamiento del mundo que nos rodea para descubrir cuáles son sus leyes? Usamos el método científico. Formulamos una hipótesis razonable y diseñamos experimentos para comprobar si la hipótesis aguanta el test, o si por el contrario somos capaces de contradecirla, de demostrar que no es cierta (falsabilidad). En otras palabras, experimentamos.

¿Cómo creamos nuevos productos y servicios, y encontramos la manera de llevarlos a la sociedad? Planteamos proyectos de nuevas empresas (*start-ups*), buscamos inversores que se arriesguen a financiarlos y testamos la respuesta del mercado. Intentamos hacerlo de la manera más rápida y eficaz posible (*lean start-up*). En otras palabras, experimentamos.

¿Cómo probamos nuevos modelos de gobierno y organización para una sociedad? La respuesta corta es que no tenemos forma de hacerlo. Y siendo deliberadamente argumentativo, diré que no la tenemos porque no hemos encontrado o no hemos querido encontrar la manera de experimentar.

El método científico quedó firmemente establecido hace unos doscientos años, y en este periodo de tiempo ha producido avances espectaculares en el conocimiento que tenemos en campos como la física, la química, la biología, la psicología y muchos otros. El capitalismo es el sistema económico que se ha consolidado en un periodo de tiempo similar y ha producido avances igualmente sorprendentes en el tipo y cantidad de productos y servicios que consumimos.

Planteémonos por un momento el experimento conceptual de imaginar que nunca hubiéramos inventado la ciencia y el método científico, o que hubiéramos decidido ignorarlo o prohibirlo. Razones existirían para ello. Porque si nos da miedo la experimentación social, ¿no debería aterrorizarnos la experimentación con las leyes de física? ¿la posibilidad de desarrollar armas químicas y nucleares? ¿o las posibilidades de la ingeniería genética y la biología sintética? Pero si no hubiéramos inventado la ciencia o la hubiésemos prohibido ¿Cómo sería nuestro desarrollo científico? ¿En qué tipo de sociedad estaríamos hoy? ¿Es la que elegiríamos?

Plantearse el experimento conceptual de imaginar que no existiera la libertad de mercado no es necesario porque, por desgracia, este experimento se ha llevado a cabo en numerosas ocasiones en los últimos doscientos años y conocemos sus lamentables consecuencias. El estancamiento de la sociedad, la pobreza y la opresión.

Esta breve exposición no pretende ser una defensa de estos dos modelos, Los utilizo únicamente para motivar esta pregunta: **¿Por qué no tenemos un modelo para experimentar con las organizaciones?**

Resulta sorprendente que no hayamos encontrado todavía algún método para ensayar nuevos modelos de sociedad y de gobierno. Nuestros modelos actuales no han evolucionado, cuando menos, durante doscientos años, desde la época de la Ilustración. Incluso en el ámbito de la empresa privada, nuestra voluntad para experimentar con modelos de gobierno diferentes a la jerarquía es muy limitada, o nula. Es como si diéramos por hecho que los sistemas de gobierno y organización y el nivel que hemos alcanzado es suficiente, cuando a todas luces es evidente que no es así. La democracia está hoy cuestionada y en retroceso. Su incapacidad para dar respuesta a los retos que tenemos por delante está creando el caldo de cultivo para autócratas oportunistas, o directamente la justificación de modelos autoritarios como el de China, que muchos empiezan ya a ver, y en algunos casos a defender, como una opción.

Resulta también sorprendente que las pocas propuestas existentes sobre nuevos modelos de experimentación en este terreno se encuentren con el rechazo y la hostilidad, muy en particular de grupos que se autodenominan progresistas (una de las muchas paradojas de la terminología ideológica). Es el caso, por ejemplo, del modelo de ciudad chárter (o estatuto) impulsado, entre otros, por el economista y premio Nobel de economía Paul Romer³⁹.



Ciudades Charter, la idea radical de Paul Romer - Charla TED *Why the world needs charter cities* (Agosto de 2009).

Una ciudad chárter, autónoma o estatuto es aquella en la que el sistema de gobierno se define por medio de un contrato (estatuto). En los estados en los que la ley permite este tipo de modelo político, el estatuto le da a la ciudad la flexibilidad de elegir nuevos tipos de estructura de gobierno. No debería resultar tan extraño. Se nos llena la boca cuando hablamos del contrato social, un contrato que nunca hemos firmado, y lo que se busca aquí es precisamente eso: **explicitar el contrato social**.

La ciudad autónoma es una forma de *start-up* cívica, un espacio para la experimentación y la reforma. Las *startups* cívicas permitirían a las sociedades experimentar con nuevas reglas, pero hacerlo sin obligar al cambio a aquellos que no lo quieren. Son atractivas para las personas que desean probar nuevas formas de hacer las cosas. La participación es voluntaria y quienes deciden participar trabajarán para legitimar esas nuevas normas o reglas que una startup cívica intenta someter a prueba. El objetivo es la experimentación acotada, de manera que el experimento no condene a toda una nación en caso de que no resulte exitoso.

⁽³⁹⁾ En este post de *Marginal Revolution* es posible encontrar algunos detalles sobre la larga historia para lanzar el proyecto Prospera en Honduras: <https://marginalrevolution.com/marginalrevolution/2020/05/a-charter-city-finally-in-honduras-from-mark-lutter.html>

Pero, además, creo que este tipo de modelo nos prepararía para aceptar que diferentes personas con diferentes preferencias podríamos llegar a optar por diferentes modelos de sociedad, libremente, y no porque hayamos nacido en un lugar determinado. Algo que debería parecernos obvio, pero que no debe serlo⁴⁰:

Ninguna entidad, gubernamental o de cualquier otro tipo, debería poder coaccionar a un individuo a una política y sistema económico contra su voluntad. Como contrapartida, el individuo debe corresponder.

Si las naciones compitieran no sólo unas contra otras a nivel de gobierno o incluso de grandes empresas en los mercados, sino que lo hicieran por atraer “ciudadanos” en vez de que los ciudadanos estemos cautivos de nuestra nacionalidad, seguramente se pensaría mucho más en el valor que esa nación, ese gobierno, aporta a sus clientes ciudadanos.

Esta breve disquisición tampoco pretende ser una defensa incondicional de este modelo concreto de experimentación social y organizativa (que no es el único), pero sí dejar planteada la pregunta de por qué hemos decidido que no queremos ensayar en el terreno de la organización y el gobierno. Es una pregunta que llevo años haciéndome y a la que vuelvo de manera recurrente. He flirteado con ella en varios de mis relatos de ciencia ficción. En *Zeitgeist III*, por ejemplo, me planteo qué tipo de modelo político y social se utilizaría en una nave generación cuyo objetivo fuera un viaje que durará cientos de años e involucrará a múltiples generaciones. Quizás en ese escenario se generaría de manera natural una competencia entre modelos: cada nave un modelo.

¿De verdad creemos que vamos a salir de la Tierra y conquistar el universo con nuestros modelos actuales? Si ya es una ingenuidad pensar que lo haremos con la infraestructura biológica, nuestro cuerpo, que ha evolucionado para la vida en la Tierra, ¿no lo es pensar que seguiremos utilizando los mismos modelos de organización y gobierno dentro de mil años, a decenas, cientos o miles de años luz de distancia? Si queremos seguir evolucionando, no nos quedará más remedio que experimentar. La evolución es un gran experimento. ¿De verdad creemos que vamos a ser capaces de detenerlo?

Un pequeño reto, a modo de conclusión

El proyecto PRAGMA recoge en su decálogo muchas ideas interesantes. Me gustaría destacar aquí tres:

1. La necesidad de recuperar los contenidos propositivos y posibilistas en la ficción especulativa y reestablecer el diálogo entre la advertencia y la ilusión, entre la crítica y la prescripción, entre la queja y la innovación.
2. Hacer que las descripciones de otros mundos posibles sean más efectivas como instrumentos de cambio.
3. Mejorar las extrapolaciones de mundos posibles teniendo en cuenta la interacción entre la evolución tecnocientífica y la socioeconómica.

⁽⁴⁰⁾ Nassim Nicholas Taleb, *Principia Politica*, Mi traducción https://www.academia.edu/38433249/Principia_Politica

Son tres objetivos que me parecen de especial relevancia en este momento, este año 2020 en el que una situación global de crisis nos fuerza a la reflexión y nos muestra la necesidad y la oportunidad de abordar cambios, quizás de un cambio de modelo o paradigma. Considero que son especialmente apremiantes en España, un país especialmente golpeado por la crisis, que arrastra una larga historia de incapacidad para mirar al futuro y para la innovación.

Mi experiencia profesional me ha dado la oportunidad de reflexionar sobre el tema. Sería ingenuidad o presunción por mi parte decir que lo entiendo. Solo puedo compartir mi convicción de que tenemos las capacidades a nivel individual, pero hay algo en nuestra cultura, nuestra historia o nuestra sociedad que nos limita. En España no tenemos ni la ingenuidad ni la implacable determinación que se necesita para la innovación tecnológica. Por supuesto, siempre hay excepciones, pero las excepciones son sólo eso, casos aislados que se apartan del curso general de la corriente.

De la misma manera, España tiene una presencia testimonial en el panorama internacional de la ciencia ficción. A pesar de que obras como *El Anacronopete* preconizaron ya en el siglo XIX ideas como la máquina de tiempo (adelantándose a H.G. Wells) y de que autores de prestigio de la literatura española, como Miguel de Unamuno, Leopoldo Alas Clarín, Pedro Salinas, o incluso todo un Premio Nobel de Medicina como Santiago Ramón y Cajal, se aproximaron al género, la ciencia ficción española no ha logrado cautivar a los lectores con un clásico universalmente aceptado y la mayoría de los escritores y títulos parecen invisibles, dentro y fuera de España. Hay quien ha llegado a describirla como un «género fantasma».

No puedo evitar preguntarme si existirá alguna relación entre nuestro secular desprecio por la innovación tecnológica y la indiferencia por el género de la ciencia ficción. “Que inventen otros” y “que especulen otros” quizás vayan de la mano, después de todo. Y esta reflexión me lleva a apostar por la narrativa y la ficción especulativa, y por la ciencia ficción en particular, como ejercicio de imaginación disciplinado, como ese sueño necesario para instalar, como en la película *Origen* de Christopher Nolan, nuevas ideas en nuestro subconsciente. Y guiado por esta suerte de desvarío quijotesco, me pregunto qué hace falta para que una obra de ciencia ficción escrita en español alcance el cielo de la literatura.

Me gusta imaginar el cielo de la literatura como un pequeño y disputado reducto de nuestra memoria colectiva en el que tendrían cabida no mucho más de un centenar de obras de literatura escritas a lo largo de la historia por autores de cualquier lugar del mundo. No es un espacio cerrado ni perfectamente definido, no tiene un guardián reconocido. Esas obras están en permanente disputa y cambian a lo largo del tiempo. Llegar al cielo de la literatura no es una misión sencilla ni inequívoca, y es muy posible que, incluso en el caso de resultar exitosa, no se tenga confirmación de la hazaña hasta una fecha muy posterior. ¿Es posible que una obra de ciencia ficción escrita originalmente en español alcance el reino de los cielos literario antes de 2030?⁴¹

⁽⁴¹⁾ ¿Ganará una obra de Ciencia Ficción escrita y publicada originalmente en español hasta el año 2029 incluido alguno de los grandes premios internacionales que acreditan a los grandes autores del género? <https://www.metaculus.com/questions/4849/will-a-science-fiction-work-originally-written-and-published-in-spanish-by-2029-win-any-of-the-great-international-awards-that-recognize-great-authors-in-this-genre/>

No puedo ser excesivamente optimista, pero me gustaría creer que sí, que quizás ya hay alguien en este momento concibiendo o escribiendo la obra que pondrá la ciencia ficción en español en el cielo de la literatura y que nos hará mirar al futuro con una nueva ambición.

C U A D E R N O S
PRAGMA



www.fundacionasimov.org

